

el optimismo a quienes habían empezado a desconfiar de los principios humanos y cristianos que deben inspirar la castidad matrimonial.

A. Pardo

Jean-Louis BRUGUÈS, *Ideas felices. Virtudes cristianas para nuestro tiempo*, BAC, Madrid 1998, 188 pp., 12 x 20, ISBN 84-7914-345-2.

No siempre resulta fácil la lectura de un libro elaborado a partir de un discurso o conferencia, por la diferencia que existe entre el lenguaje hablado y escrito. En este caso, Jean-Louis Bruguès consigue hacer amena la lectura de una serie de conferencias cuaresmales pronunciadas en la Catedral de Notre-Dame en 1996.

Como indica el título del libro, Bruguès sostiene la existencia de *ideas felices*, que él identifica con las virtudes; y junto a esto, la promesa, no sólo de la beatitud divina, sino de la felicidad ya en su existencia terrena, al hombre que se ejercita en las virtudes.

Nos encontramos a lo largo de estas conferencias con una serie de virtudes que se han convertido en indispensables en nuestro tiempo. No trata Bruguès de exponer una doctrina completa o un sistema; ni de enumerar todas las virtudes. El propósito, modesto, apunta a «devolver vida y sabor a algunas de las virtudes cuya necesidad imperativa se experimenta a las puertas del tercer milenio y que, adormecidas dentro del tesoro de la cultura cristiana, han dejado de aflorar a la superficie del discurso de la fe».

En cada una de las conferencias se habla de varias virtudes, pero es una sola la que se subraya más y la que le da carácter propio a cada conferencia. Se tratan

así, a lo largo de las seis conferencias, de las virtudes referentes a la autoestima, la pureza de corazón, la verdad, la fidelidad, la responsabilidad, y la caridad.

A lo largo de estas conferencias se pueden destacar dos aspectos: por un lado, el intento de conciliar los conocimientos de la doctrina clásica sobre las virtudes, y las grandes intuiciones aparecidas en los últimos tiempos; y por otro, la idea de que las virtudes pertenecen al patrimonio común de la humanidad. A esto último se debe que en cada conferencia se encuentre una o varias referencias tomadas de las sabidurías antiguas y orientales. De esta forma, la virtud provoca una resonancia única que, más allá de la diversidad de cultura, de filosofía, y de creencias religiosas, le recuerda al hombre que debe y puede hacerse cargo de su propio devenir. La virtud, al fin y al cabo, no designa otra cosa que no sea el aprendizaje del oficio de hombre: construirse a sí mismo para construir una sociedad más justa.

La pretensión de Bruguès no es sólo la de reavivar nuestra memoria. Que las virtudes nos impresionen no se debe sólo al hecho de que pertenezcan al fondo común de la humanidad. «Propiamente cristianas o en vías de ser cristianizadas, las considero como la respuesta a las expectativas de los hombres que se aprestan a entrar en un nuevo milenio. Son la señal que indica el camino al mundo de mañana».

F. J. Marín-Porgueres

Antonio María CALERO, *El laico en la Iglesia, vocación y misión*, CCS, Madrid 1997, 17 x 24, ISBN 84-7043-986-3.

Nos encontramos ante la segunda edición revisada (la primera es de febrero de 1997) de un análisis amplio